





# LA POSADA SHIMA



LA  
POSADA  
SHITA

SONIA  
LERONES  
LOSILLA

ONYX  
EDITORIAL

Primera edición

La Posada Shima

© 2018, Sonia Leronos Losilla

© Onyx Editorial

[www.onyxeditorial.com](http://www.onyxeditorial.com)

© Ilustración y diseño de portada: Adrià Voltà  
[adriavolta@gmail.com](mailto:adriavolta@gmail.com)

© Fotografía autora: Samanta Jiménez

© Maquetación: Munyx Design.

© Corrección: Estefanía Yepes.

ISBN: 978-84-948194-6-9

Depósito Legal: DL T 603-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

A todos los que creen en la magia,  
porque al final la encontrarán.

*\*A heart's a heavy burden.*  
—Howl's moving castle—.

\* Un corazón es una carga pesada.





*Esta es una de esas historias de amor que no duran ni se vuelven a escuchar. De esas que el universo se traga y oculta. Quizá por miedo a que se vuelvan a repetir... o para no asustar al mundo con su devastador poder.*

*Se guarda entre estas páginas como un secreto, como un conjuro que solo se hace real al abrir este libro.*





# CAPÍTULO UNO

Agosto acababa de aterrizar en Greenvillage. Como muestra de su poderío, obsequió a los habitantes del pueblo con un fantástico amanecer. Hizo jirones con las nubes, jugando como si un gato hubiese arañado el firmamento. Tiñó el cielo de un color rosado y luego anaranjado, tan intenso que parecía haber sido sacado de un cuadro. Ya no había aviones sobrevolando aquel valle en dirección sureste. Todos regresaron a casa o fueron destruidos en la guerra. Pero salieron victoriosos, y la ciudad lucía sus banderas con orgullo.

Soplaba una suave brisa veraniega por encima de los tejados. Arrastraba el olor a humo de los hornos que se abrían a primera hora para preparar el pan y de las imprentas que sacaban ejemplares de periódicos en color sepia. Había poca gente despierta a esa hora de la mañana, y la que había no se fijó en las tonalidades que regalaba el amanecer.

En la calle principal, el ayuntamiento tenía sus puertas cerradas y las farolas que daban luz a sus escaleras aún no se habían apagado. Subiendo un par de calles y torciendo a la izquierda, se encontraba la pequeña pensión Polinine. Se podía leer su nombre en una placa situada en la fachada.

La entrada a la pensión contaba con una puerta doble con cristales rectangulares. Las cortinas se mantenían abiertas durante todo el día y el sol resplandecía cada mañana sobre el mostrador cercano. A los lados se extendían dos macetas con flores de vivos colores.

Era un piso modesto con las paredes empapeladas con motivos florales. La recepción tenía forma de “L”. Contaba con un mostrador que se partía en un brazo y guardaba así la habitación donde las tres propietarias Polinine dormían. Estaba cerca de la puerta para poder atender a los clientes que aparecían de noche, buscando un lugar donde poder dormir. El mostrador terminaba antes de llegar a la puerta de la cocina. A su lado se encontraba el comedor, que contaba con tres mesas y sus correspondientes sillas. El piso terminaba en una terraza alargada a la que solo se tenía acceso desde la cocina. El mobiliario era moderno, de líneas rectas y colores cálidos. Las escaleras de subida estaban justo frente a la entrada.

Las habitaciones eran amplias y tenían un baño para compartir. Contaban con las comodidades de una cama grande y blanda, una cómoda a juego con la mesita de noche y un escritorio pequeño justo enfrente de la ventana. La pensión ofrecía varios servicios entre los que se encontraban el lavado y planchado de ropa, la limpieza diaria del cuarto, tres comidas y la posibilidad de comprar repostería recién hecha. Por supuesto que no eran los únicos servicios, ya que también zurcían y arreglaban los ropajes dañados, salían a realizar diferentes recados a los clientes como un favor, recogían la correspondencia de sus inquilinos o la enviaban, entre muchas otras cosas.

En la pensión vivía la matriarca, Mariya, junto a su hija Mérida y su nieta Ania. Esta última llegó de manera inesperada un día, siendo muy pequeña, viéndose obligadas las otras dos de hacerse cargo de ella. No lamentaron con el tiempo criarla y cuidarla. De lo que sí se arrepentía su abuela a veces era de haberla colmado de atenciones, aunque aquella no fuera más que una forma de hablar. La mayor de las Polinine no tenía paciencia, así que la dejadez de su nieta crispaba sus nervios, ya de por sí alterados.

El día a día de la pensión era bastante monótono a los ojos de la más joven. Ella no atendía a los huéspedes, ya que solía estar en la cocina preparando postres o en el patio, regando las preciosas margaritas.

Sin embargo, había crecido observando cómo se desenvolvían sus familiares y se sabía al dedillo las fórmulas de cortesía para arrancar una sonrisa al hombre más tacaño y serio. En eso, su tía Mérida era toda una experta.

A pesar de la insistencia de Ania por querer ponerse tras la recepción, su abuela mataba sus esperanzas con negativas. Le decía que aún no tenía la experiencia suficiente para dar la cara por el negocio familiar, que sus diecinueve años eran un número muy “enclenque” y que la cabeza, a esa edad, estaba llena de pájaros. Quizá fuera así, ya que se pasaba las horas muertas leyendo libros y más libros.

—Ania, ¿has controlado el tiempo de cocción de las napolitanas? —le preguntó su tía Mérida tras el mostrador.

—Sí, a y cuarto apago el horno —le contestó, distraída, mientras seguía leyendo sentada en las escaleras.

Su tía observó el gran reloj de pie que había en una esquina del *hall*.

—Ania, ¡son y media! ¿Quieres dejar ese libro y atender a tus tareas? —La muchacha tiró el libro, bajó veloz los escalones, esquivó el mostrador y llegó a la cocina—. Como se te hayan quemado vas a estar raspando negruzco hasta que te salgan canas...

Apagó el horno y suspiró al ver que habían conseguido un tono dorado algo más oscuro y no tan negro como esperaba. Ania se despistaba sin darse cuenta. A veces iba a una habitación a abrir las ventanas y se entretenía contando las rayas de los tablones de madera del suelo. Luego no recordaba por qué había subido y regresaba a la cocina. Y todo eso le ocurría más que nada por falta de atención.

—Menos mal. Porque las necesitamos... —la siguió su tía Mérida.

—... para la señora Hitch, la mujer del alcalde. Lo sé —contestó con voz cansina. No se había quitado el delantal blanco en toda la mañana.

—Exacto. Y es importante tenerla contenta —añadió su tía en alto—. Aunque se pone muy pesada cada vez que celebra una fiesta. Tiene un montón de pastelerías alrededor y tiene que venir a la única pensión del centro a pedir tal cantidad. Al menos el dinero nos vendrá bien...

—Solo me queda hornear esta bandeja y ya estarán las doscientas —informó Ania mientras introducía otra bandeja con el hojaldre

crudo en el horno—. ¿Encontraste las cestitas que nos regalaron en la tienda de mimbres en enero? Si las ponemos en ellas nos aseguráramos una buena presentación. Quedarían muy bonitas si las adornáramos con unos lazos a los lados.

—Sí, *Masha* me dijo que se las prestó a la vecina el mes pasado y ayer fui a recogerlas. Las dejé en la terraza. Con lo repipi que es esta mujer, le encantarán —admitió su tía. Se recogió su larga melena rizada en una coleta y la dejó sola mientras cocinaba.

Ania la vio alejarse. La genética había sido caprichosa y había dotado a su tía Mérida de un pelo rojizo brillante y unos ojos del color del chocolate. Era más robusta que Ania, pero sus curvas guardaban una armonía en su cuerpo difícil de alcanzar, dándole una proporción equilibrada que la hacía muy hermosa. La observaba a veces a escondidas mientras atendía a los clientes. La mujer desplegaba sus encantos y estiraba su sonrisa. A su abuela no le gustaba que fuera tan amable con los huéspedes, pero a ella le daba igual lo que pensarán los demás. A su parecer, Mariya era demasiado desconfiada y desapegada. Ania y su tía se llevaban unos veinte años, pero eso no era inconveniente en absoluto para no llevarse tan bien como ellas lo hacían.

Ania era un poco más baja que su tía. Tenía los ojos del color de las almendras y el pelo rojizo castaño, aunque la melena de Mérida era muchísimo más bonita y abultada. Ania se hacía dos trenzas todos los días. Cuando llegaba la noche se las deshacía y le quedaba el pelo ondulado. Por mucho que se esforzara, nunca alcanzaría a tener los rizos de su tía. Por último, el flequillo recto acababa de conferirle un aspecto aniñado.

Después de comer, Ania se fue con Mérida a comprar. Su abuela se quedó en la pensión para que cuando fuese la señora Hitch, pudiera entregarle su pedido. No movería ni un músculo para coger las cestas, ya que era una mujer muy mayor. Por ello, esperaría a que llegaran los sirvientes de la señora del alcalde para llevárselas. Ella solo se encargaría de cobrarle la suma acordada y de quejarse de cualquier cosa. Eso último nunca fallaba.

Mariya no solía salir de casa y por ese motivo su cuerpo crecía a lo ancho. Andaba muy despacio y siempre tenía un pañuelo a mano para limpiarse el sudor. Ania pensaba que no debía de ser normal

transpirar de esa manera. Todos los días, nada más levantarse, picaba algo de dulce a escondidas. Las otras dos Polinine lo sabían, pero confesárselo a la mujer no entraba en sus planes. Con lo arisca que era, más valía estar de buenas con ella.

Greenvillage era un pueblo bastante grande, afincado entre dos colinas. Las casas se disponían de manera irregular por las calles, de tal forma que ninguna carretera era recta. Los coches y carruajes tenían que ir con cuidado ya que algunas zonas tenían curvas muy pronunciadas, sobre todo por el centro, repleto de cuevas y pendientes acusadas. Las viviendas de la zona este eran las más bonitas, según Ania, ya que estaban pintadas de vivos colores. Las demás no podían competir contra ellas, excepto por el tamaño. La casa de la señora Hitch, el ayuntamiento, era gigantesca y contaba con una escalinata que ascendía hasta un rellano custodiado por columnas. Ania estaba segura de que el interior de aquel lugar debía de ser maravilloso.

A lo largo de la tarde, el cielo se nubló y comenzó a diluviar, formándose charcos de barro que les dificultaron la vuelta a la pensión. Se quitaron los zapatos llenos de fango y los vestidos empapados. Fue una pena que ese día Ania estrenara el vestido que le había confeccionado su tía: amarillo oscuro, de media manga, ajustado al cuerpo hasta la cintura, de falda recta tipo tubo hasta los tobillos y con un estampado de flores azules. Era muy diestra con la aguja y desde que tenía memoria, Mérida siempre le había cosido los vestidos conforme había ido creciendo.

Tuvieron que dejarlos en la barandilla de la escalera para que se secaran. Esas lluvias no eran normales en esa época del año. Si lo hubiesen sabido, no habrían ido a la otra punta del pueblo a por la mejor harina, pues aún tenían suficiente para poder subsistir unos cuantos días más.

De inmediato, se cambiaron y fueron a la cocina. La cena iba a servirse en menos de una hora y los dos inquilinos con los que contaban debían de estar satisfechos con el servicio. En el menú del día destacaba la sopa de verduras frescas; de segundo, las chuletillas de cordero y de postre, una crema de manzana y canela al estilo tradicional.

—Si no se les derrite el paladar de placer, no habrá nada que lo

consiga —bromeó Mérida mientras cogía los platos y se dirigía al comedor.

Ania sonrió. Antes de que la hora de la cena terminara, llegó una pareja con un bebé. Habían decidido hospedarse en la pensión Polinine porque el crío estaba enfermo y el hospital les pillaba cerca de allí. Les dieron la habitación más grande y les montaron la cunita que guardaban para esas situaciones. Durante toda la noche su tía Mérida y su abuela estuvieron levantándose casi a cada hora debido a la tos compulsiva y a los llantos del bebé pero sobre las cinco de la mañana, al fin, los huéspedes fueron a buscar un coche que les llevara al hospital para tratarlo.





## CAPÍTULO DOS

Muy pronto llegó la mañana y tuvieron que ponerse con sus habituales tareas. Ania durmió la noche del tirón sin percatarse de todo el traqueteo, por eso se sorprendió cuando, al levantarse, no encontró a nadie en las camas. Las dos estaban de mal humor por haber dormido tan poco, así que ella intentó pasar desapercibida durante la mañana. Se escabulló como un roedor y se quedó sentada en la cama de una de las habitaciones vacías.

A las diez se fueron los huéspedes que habían venido para visitar a un familiar y a las once llegó alguien a quien no habían vuelto a ver desde hacía casi dos años. No era malo, al contrario, si lo fuera no le dejarían cruzar la puerta. Tan solo era un buscador de aventuras y reincidente saqueador, un lobo solitario, un pirata. Le había cogido cariño a la pensión porque en ella lo trataban muy bien y sabía que podía contar con una habitación libre para él. Se llamaba Jackar. Había venido varias veces y siempre le contaba a Ania historias sobre dónde había estado, le traía *souvenirs* y algunos libros para que leyera en su larga temporada de ausencia.

Era un hombre apuesto de ojos verde intenso. Si te los quedabas mirando, a veces podías diferenciar en ellos el mar embravecido y

otras, una selva tranquila y frondosa. No se había cortado el pelo desde hacía varios meses y su melena castaña ya empezaba a estorbarle. Su barba, descuidada y cerrada, le daba aspecto de maleante. Era alto y fuerte, de andares desgarbados. No prestaba mucha atención a cómo vestía, incluso le daba igual el estado de sus ropas. La tía de Ania, Mérida, siempre le zurcía los bajos de los pantalones, le cosía los agujeros que le hacían en algún duelo —del que siempre salía victorioso—, le ponía parches o le tiraba la ropa que estaba muy raída y le compraba nueva. La pensión era algo parecido a un hogar para él, un sitio al que regresar.

—Hola, *costillita* —saludó Jackar cuando encontró a Ania asomada a la ventana de la segunda planta—. Bueno, bueno, lo de *costillita* se te queda corto, ya eres toda una mujer.

—¡Jackar! —exclamó en cuanto lo reconoció. Se acercó a él corriendo y le dio un abrazo—. ¡No sabía que estabas en el pueblo!

—He llegado hace un rato. ¿Cómo estás? Te ha crecido mucho el pelo. —Señaló sus trenzas—. ¿Y te has puesto tacones? Menudo estirón has dado. Pensaba que no habrías cambiado tantísimo en estos años.

La miró de arriba abajo. Llevaba un vestido de manga corta, azul grisáceo, de corte recto, que dejaba a la vista sus tobillos. Se ataba a la cintura con un escueto lazo blanco, a juego con el cuello del vestido.

—Y porque no me has visto con el sombrero —sentenció alzando el mentón—. Ahora se lleva el pelo muy corto, queda muy bien con ese tipo de sombreros. Una vez me intenté hacer un moño, pero era tan estrecho que no me entraba en la cabeza. La abuela me obliga a ir siempre con el pelo suelto, no quiere que me lo corte. Dice que si me quiero parecer a un hombre.

—A mí me gusta así —halagó a la muchacha.

—De todas formas, ¿qué esperabas? No iba a ser siempre una niña. Todos hemos cambiado. Mírate. A ti también te ha crecido el pelo y la barba. —Se acercó y se fijó en su barbilla—. ¿Esto son canas?

Los dos se rieron.

—El tiempo no pasa en balde. Y bueno, ¿algo nuevo por aquí? —preguntó, dejando su pesado equipaje en la cama de aquella habitación.

—Sí, que acabo de poner sábanas nuevas —se quejó Ania—. Espero que tu saco esté limpio.

—Por supuesto, ¿no ves cómo refleja mi rostro? —Sonrió con sarcasmo. Ania se sentó en el borde de la cama.

—Esta madrugada se ha ido una pareja con un bebé enfermo y me ha tocado montar y desmontar la cuna, y barrer y hacer la cama... y colocarlo todo y...

—Una tarea tan interesante... —la cortó Jackar, fingiendo que bostezaba. Estaba buscando algo en uno de los bolsillos de su gabardina carcomida—. ¿A que no sabes qué es esto?

Le mostró una figurita del tamaño del dedo gordo de la mano. Estaba tallada de forma minuciosa y delicada. Era una mujer con los labios rojos y la cara blanca. Se recogía el pelo con las manos en un moño alto y llevaba un vestido largo que se ceñía a la cintura con un cinto rojo, que se ataba a la espalda formando un gran lazo.

—Qué bonita —murmuró Ania, alargando la mano para cogerla.

—Y peligrosa —añadió Jackar, apartando aquella figurita de su alcance.

—Entonces, ¿por qué me la enseñas? —se quejó la muchacha.

—Porque es para tí, pero antes tengo que advertirte. No se te puede caer, ¿de acuerdo? Es una gran responsabilidad que pongo en tus manos.

—¿Es mía? —preguntó, ignorando el resto de lo que le había dicho.

—Ania. —La miró con esos ojos que parecían dos esmeraldas. Siempre se mostraba muy condescendiente con ella y le gustaba traerle historias y maravillas para contarle. Se le formaba una sonrisa sincera en los labios cuando hablaba con Ania—. Atiende, es importante. La encontré durante mi último viaje en barco. ¿Sabes dónde está Hoszu?

—¿Hoszu? ¿Te refieres a Japón? ¡Eso está al otro lado del mundo!

—En efecto. Allí hacen millones de estas muñequitas y las usan como bombas. Por eso tienes que tener cuidado. Si la lanzas con fuerza, explota. Las utilizan en algunos duelos y también para defenderse de los ladrones. Aunque, si alguna vez la utilizas, intenta estar bastante alejada.

Ania no pudo reprimir una exclamación, estaba ofreciéndole un arma.

—Pero... ¿Por qué me la das a mí?

—Porque me pareció muy bonita —respondió, simplón. La abuela de Ania lo consideraba un necio inconsciente, sin rumbo fijo, sin saber de lo que se alimentaría al día siguiente; un hombre que no vivía bajo responsabilidades— y, cuando cayó en mis manos, me dije que sería para ti. Algo que por fuera parece muy frágil y delicado pero que, por dentro, tiene un poder capaz de doblegar hasta la roca más dura.

Le entregó la figurita y Ania la contempló de cerca, rozándola con sumo cuidado. Tenía tantos detalles que se abstraía durante un buen rato. Llevaba unas perlititas como pendientes y las pestañas parecían tan reales que, al tacto, hacían cosquillas. ¿Por qué se habían esmerado en crear algo tan bello para luego destruirlo? ¿Quién comprendía aquello?

Cuando alzó la cabeza, Jackar había desaparecido. Entonces, se preguntó si le dijo algo más o si se habría despedido de ella antes de irse.

Cogió aquella figurita y bajó corriendo a su cuarto para guardarla debajo de su cama pues pensó que, si estaba en el suelo, ya no podría caerse de sus manos. ¡Jackar se la había traído de Hoszu! A Ania se le encendieron las mejillas. Siempre se acordaba de ella cuando se iba de viaje. De pequeña le gustaba mucho y soñaba con que algún día se casaría con él, aparte de porque siempre la había tratado muy bien, también sentía que era el único modo de poder conocer todos aquellos maravillosos lugares de los que él le hablaba.

—Pero si no era necesario... —escuchó la voz de su tía Mérida.

Jackar también se había acordado de ella. Ania sospechaba que los dos se hacían favores porque existía entre ellos algo más que una mera cordialidad.

—Lo sé, pero todo me recordaba a ti. Encontraba tantas cosas hermosas que no me decidía. ¿He acertado?

Ania se asomó para mirar a escondidas el regalo que le había hecho y alzó las cejas cuando contempló a su tía con un anillo ostentoso en la mano. A pesar de lo grande que parecía, era muy bonito. Tenía

piedras rojas incrustadas y destacaba otra más grande justo en el centro. Jackar sujetaba un pequeño cofre metálico de aspecto simple con más joyas en su interior. Ania tragó saliva. Todo aquello debía de costar muchísimo dinero. Conociendo a Jackar, seguro que lo había robado. Pero nadie vendría desde tan lejos a recuperarlo, él se habría encargado de que no pudieran descubrir quién fue el que se lo había llevado. O a lo mejor, había eliminado a su dueño y nunca se sabría que alguien le había sustraído sus joyas.

Su tía Mérida se quitó el anillo y lo dejó de nuevo en el cofre. Jackar lo cerró con una sonrisa. Entonces, cuando vio a su madre en el rellano de las escaleras, dio un paso atrás, estirándose de las mangas de aquel vestido gris que parecía una mortaja. Mariya no aprobaba la nueva moda de enseñar los tobillos. Insistía en que era pecaminoso, de mujeres revolucionarias y descocadas. Pero la tía de Ania comprendía las modas y, tras la guerra, también necesitaba expresar su propia identidad.

—¿Ya te has aseado? Seguro que traes alguna enfermedad de esas raras —le increpó su abuela Mariya, que bajaba las escaleras resoplando—. Tendrías que haber estado en las trincheras, matando alemanes, ayudando a tu país y no navegando por ahí robando Dios sabe qué.

—Buenos días, señora. Por mucho que ame esta tierra, mi espíritu no está hecho para agazaparme tras un arma, un uniforme y una bandera.

—Honor es lo que te falta —farfulló la mujer sin amilanarse.

—¿Quiere ver lo que le he traído a usted? —respondió Jackar, desoyendo la voz puntillosa de Mariya y dejando el cofre en manos de Mérida.

Subió las escaleras de dos en dos sin dejar que le contestara.

—No te pongas colorada, Mérida —la reprendió su madre cuando él ya no podía escucharlas—. Este hombre solo te traerá problemas. Es un espíritu libre y nunca podrás domarlo. Borra esa sonrisa y no aceptes lo que te entregue. Con él no tendrás un buen futuro.

—Ya lo sé, *Masha*, intento no hacerme ilusiones. Te juro que lo intento. Pero ha venido tan de repente... —Suspiró, apesadumburada—. Además, que ya tengo una edad y los hombres del pueblo no...

—Recuerda lo que le pasó a tu hermana. Es una deshonra para todos. No quieras convertirte en la comidilla como lo fue ella —le reprochó negando con la cabeza.

Ania conocía la historia de su madre. Se enamoró de un hombre que había enviudado y se fugaron. Se casaron en secreto y tuvieron a Ania. Pero no pudieron, o no quisieron, hacerse cargo de ella y la enviaron a la pensión Polinine cuando tenía cinco años.

Apenas conservaba unos pocos recuerdos de su vida antes de llegar a Greenvillage, pero eran borrosos. Dudaba siquiera de que fueran reales, ya que había imaginado muchas veces cómo hubiese podido ser una vida de verdad con ellos. Pero hacía tiempo que ya no soñaba con eso. Su familia eran su abuela y su tía. Las quería con locura. Si sus padres la hubiesen querido igual no la habrían abandonado con ellas; pero no lo lamentaba, era feliz.

—Mire, toque. ¿A que nunca ha visto una tela similar?

Jackar bajaba, dejando caer el peso de su cuerpo en cada escalón. La escalera de madera se resentía, crujiendo. Su abuela lo miró desaprobando no solo la tela, sino también al inesperado invitado. Portaba en sus manos un fular doblado a conciencia. Era blanco y tenía bordados unos pájaros con las alas abiertas. Ania se apoyó en el marco de la puerta para ver mejor. Su abuela Mariya lo miró con recelo, pero al ver lo emocionado que parecía por enseñárselo, acercó la mano y rozó el tejido.

—En verano se pone por esta parte —le dijo, enseñándole los pájaros—, y en invierno al revés.

Abrió la tela dejando a la vista sus preciosos dibujos. Los pájaros se dirigían a un árbol en cuyas ramas crecían florecitas. Por el otro lado, estos descansaban en las ramas desnudas y las flores marchitas servían de alfombra al paisaje. Era sencillo, pero muy bonito.

—¿De dónde es? No conozco esta textura —preguntó la abuela Mariya cogiendo aquel fular.

—De Hoszu, Japón. Por allí es un material muy caro. Se utiliza en los trajes que llevan las mujeres más importantes del país.

La abuela lo miró entrecerrando sus diminutos ojos. No se creía nada de lo que decía. Pero Ania pensaba que él no tenía por qué mentirle, que su abuela debería confiar más en la gente. No todos tienen malas intenciones.

Mérida le devolvió el cofre a Jackar antes de irse a hacer la comida. Daba igual si le había gustado su regalo o no, lo que decía su madre no se contradecía jamás. Si decía que no era bueno aceptar ese presente, ella lo devolvía. Pero sobre lo que nadie podía controlar los actos era sobre el corazón. Si existían unos sentimientos lo suficiente potentes, estos no se doblegarían, por mucho que se les ordenara hacerlo.

A la tarde comenzó a llover. La pensión estuvo muy tranquila a los ojos de Ania, ya que su tía Mérida tuvo que salir a realizar algunos recados y su abuela atendió a dos inquilinos nuevos. Se aburría hasta lo indecible, así que subió a la primera planta y llamó a la habitación de Jackar.

—Pasa —se escuchó al otro lado.

Ania empujó la puerta. Jackar estaba sentado en el escritorio frente a la ventana y tuvo que girarse para ver quién se asomaba. Unos ojos claros se posaron en ella.

—Ah, eres tú. ¿Qué quieres, *costillita*? ¿Fisgonear un poco?

—Hablar —respondió alzando las cejas—. Yo no husmeo. Ya soy mayorcita. ¿Pensabas que era mi tía?

—Habría sido una buena visita, sin duda. —Sonrió volviéndose en la silla. Ania entró y cerró la puerta tras de sí—. Estás aburrida, ¿eh?

—Pues no, no es eso —dijo, haciéndose la interesante. Se acercó a la cómoda donde había varios objetos, entre los que destacaban las figuritas que explotaban—. Háblame de ese lugar. No es la primera vez que vas, ¿verdad?

—Cierto. —Jackar se cruzó de brazos—. Pero nunca te he hablado de ello. ¿Cómo lo has adivinado?

Ania sonrió.

—Porque habrías traído comida. Siempre que vas a un sitio nuevo nos traes repostería o platos típicos. Sin embargo, si has ido ya otras veces, nos traes curiosidades. O un cofre lleno de joyas extrañas. —Señaló el joyero metálico que estaba detrás de la fila de figuritas de mujeres vestidas de aquella forma tan rara—. Le ha gustado. Solo que...

—Lo sé —contestó él.

—Le gustas. De eso estoy segura. —Ania cogió el anillo que su tía Mérida se había probado unas horas antes. Lo deslizó por cada dedo de su mano, pero en todos le quedaba grande—. ¿A ti no...?

—¿Cómo no fijarse en tu tía? —preguntó Jackar con cierta melancolía. Se había puesto en pie y contemplaba la lluvia caer por la ventana—. Es preciosa, y muy lista. Tiene un buen futuro aquí.

—Si le pidieses que se casara contigo... —comenzó a decir Ania. Jackar se giró, mirándola compasivo.

—*Costillita*, hay cosas que no pueden ser. Quiero a tu tía, pero es mejor que no forcemos nada. —Se acercó a ella y le quitó el anillo del pulgar—. Además, tu abuela no lo permitiría jamás. ¿Tú no te has fijado en ninguno de los chicos del pueblo? —le preguntó, burlón.

—¿Yo...? —Se puso roja—. Pues... no.

—¿Y Marco? —Ladeó la cabeza—. Aquel chico con el que te vi la última vez... Marco se llamaba, ¿no? ¿Se alistó o qué?

—Se marchó de la ciudad —respondió volviendo la cabeza—. Pero no me cambies de tema —se quejó—. Mi tía Mérida te quiere, y tú también la quieres. No entiendo por qué no estáis prometidos ya.

Jackar dejó el anillo en el cofre de nuevo y lo cerró. Había algo que le venía a la mente una y otra vez, pero no sabía si confiárselo a aquella mujercita.

—Todos deberíamos estar de acuerdo, ¿no crees? No es bueno romper relaciones tan fuertes por un capricho. Tu abuela nos haría arrepentirnos muy pronto de cualquier paso que nos atreviéramos a dar. —Se quedó un rato pensativo—. Lo más seguro es que los dos sufriéramos mucho si alguna vez se me ocurriese pedirle algo así. Solo puedo agasajarla y hacerla sentir bien en la distancia. Además, no es posible que me vuelva a casar. —Sonrió con suficiencia—. Aquí no está permitida la poligamia.

—¿La qué...? ¿Eso quiere decir que ya estás casado? ¿Casado de verdad? —exclamó Ania, sorprendida.

—Eso es —zanjó el tema.

Se volvió al escritorio, donde había desperdigados varios mapas y se amontonaban libros de diferentes colores. No imaginaba que con esas palabras había desatado una batalla interna en su acompañante.

—Pero, ¿casado con quién? ¿Hace mucho? —Se acercó a él con ojos deseosos—. ¿De dónde es?



—Cuando he dicho que te gustaba fisgar no mentía. A ver, ¿para qué quieres saber tú eso? No puedo casarme con tu tía porque ya estoy casado. Es muy sencillo de entender.

—¿Y el anillo?

—Guardado —respondió, cogiendo un libro y haciendo como que leía.

—¿Es el que ha cogido mi tía? ¿Está en el cofre? —Se puso a su lado, apoyando los brazos en una esquina de la mesa.

—No. Sería un mal presagio si lo regalara. Es un símbolo demasiado significativo como para dárselo a nadie.

—¿Entonces no te casas porque aún quieres a tu esposa? —le preguntó Ania sin comprender.

—No la quiero —manifestó al instante, levantando los ojos hacia ella—. En estos momentos solo amo a una mujer, y no es con la que me casé.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a indagar. Jackar cerró el libro de golpe y lo dejó en la mesa.

—Escúchame, Ania. Ya que no te vas a callar hasta que sacie tu curiosidad, te lo contaré. Pero debes prometerme que esto no se lo revelarás a nadie. Nunca.

Lo miró de forma penetrante. Ania no sabía si podría guardar un secreto. Por un momento se le ocurrió que sería una mala idea que se lo contara, pero se dijo que soportaría aquella carga por el simple hecho de poder conocer la historia. Tenía pinta de ser toda una aventura.

—Te lo prometo —respondió, aguantándole la mirada. Jackar suspiró.

—Hace tanto tiempo de eso... A ver, cómo empiezo... —Se rascó la barba castaña—. Poco después de que tú nacieras fui por primera vez a Japón. Me encantaría poder traerte sus calles y su cultura, sus edificaciones y su gastronomía. La elegancia, los colores, las costumbres... Todo con lo que te encuentras resulta embriagador y, sobre todo, para un inglés, exótico. Especialmente las mujeres. —Guiñó un ojo con expresión picarona—. Por casualidades del destino un día se cruzó una en mi camino. No podía apartar mis ojos de ella y ella tampoco bajó la mirada cuando me presenté. Nos conocimos rápido.

Éramos dos almas solitarias que habían coincidido en una época de cambios. Si te soy sincero, todo parecía muy fácil a su lado. Su marido, con el que había contraído matrimonio hacía poco, había muerto de forma repentina de unas fiebres. Se había quedado sola, ya que no tenía familia, y se sentía muy desdichada. Los hombres no quieren a las mujeres viudas —le explicó a Ania—. Son repudiadas, incluso obligadas a abandonar su hogar y a vivir en la intemperie como un vulgar mendigo. Pero le abrí mi corazón y le dije que yo me haría cargo de ella, que la amaba. A mí no me importaba su pasado si yo podía ser su presente y su futuro. Y al mes, nos casamos.

—Qué bonito —pronunció Ania, suspirando con una sonrisa en los labios—. Pero, ¿qué pasó después? ¿Tuvisteis hijos? Sería toda una sorpresa si ahora descubro que tienes alguno. ¿Mi tía lo sabe?

—No te conformas con nada —se quejó Jackar—. No, no tuvimos hijos. Éramos demasiado jóvenes, con mucha vida aún por delante, así que me marché. Volví a Inglaterra y ella se quedó allí. Tu tía conoce la historia, por supuesto. Por eso tampoco insiste.

—Pero entonces ella... —Se quedó pensativa—. Tú has dicho que a ningún hombre le gustan las mujeres viudas. ¿No pudo retomar su vida? ¿Le perjudicó el que la abandonararas?

—No —respondió, tajante—. Por lo que sé, está más que bien. Y ahora que conoces esta pequeña historia, espero que puedas recuperar las ganas de encargarte de la pensión. Seguro que tienes mucho que atender y limpiar.

—No te creas. No me dejan hacer nada. Si fuese por mi tía, estaría en la recepción. Pero mi abuela dice que aún no estoy preparada. ¿Te lo puedes creer? Llevo muchísimos años viéndolas allí. Sé tratar con los huéspedes. Conozco el protocolo y los precios —explicó, contando con los dedos—. Es muy injusto que no me dejen encargarme de nada. ¡En unos días cumplo veinte años!

—Si tengo un momento, si quieres, lo hablaré con tu tía. Tienes la edad suficiente como para tener una mayor responsabilidad. No pueden protegerte siempre entre estas cuatro paredes.

—Ojalá pudiera viajar tanto como tú —fantaseó. Jackar sonrió y abrió de nuevo el libro más cercano.

—Cuando lo acabe, te lo dejaré. Habla sobre la sabana africana. Este es mi próximo destino.

Comenzó a contarle las características del clima y de los animales salvajes, de los paisajes, del idioma y las costumbres de sus habitantes, de cómo vestían y en qué creían... y así lo hizo hasta la hora de la cena, cuando Mérida llamó a la puerta para avisarles de que ya estaban preparadas las mesas y de que podían bajar. No se lo pensaron demasiado antes de acompañarla al piso inferior.

A pesar de las quejas y resoplidos de la abuela Mariya, Jackar estuvo hablando todo el rato. No le importó ni siquiera cuando se levantó haciendo ruido y se marchó sin despedirse de él a su dormitorio. Ania se fue al rato para que pudieran estar solos. Se puso el pijama y alargó la mano para coger la figurita que le había regalado Jackar. Era preciosa. Se imaginó vestida de esa manera, con una bata larga de vivos colores y peinándose su larga melena al estilo oriental. Y al fin, cuando el sueño llegó a sus ojos, los hilos de Morfeo la llevaron a unos lugares maravillosos en los que nunca antes había estado nadie.





## CAPÍTULO TRES

Ya entrada la noche, las calles quedaron desiertas y en penumbra. Tan solo se escuchaba el agua caer con fuerza. Una figura enfundada en una capa de color púrpura acababa de llegar a la puerta de la pensión y torcía la cabeza dudando sobre si entrar por la fuerza o llamar para que le abrieran. Si hacía lo primero, con toda probabilidad se arriesgaba a despertar a los vecinos, que empezarían a gritar e intentarían detenerlo, se llevaría algún que otro golpe y eso no le agradaba. Así que decidió hacer sonar sus nudillos contra el cristal de la puerta.

Ania estaba dormida cuando le pareció escuchar unos ligeros toques en la entrada. No tenía consciencia de la hora exacta que era, pero seguro que el sol aún no tenía intención de salir.

—Tía —llamó en un murmullo—. Tía, creo que han llamado.

Mérida había entrado en un sueño muy profundo. El día anterior no había podido dormir por culpa del bebé enfermo y después, se había quedado hablando con Jackar hasta tarde. Por mucho que la llamase, no despertaría.

Volvieron a golpear la puerta un poco más fuerte. Esta vez Ania decidió levantarse y tomar las riendas del negocio. Su abuela no confiaba en que pudiera atender a los clientes, pero ella estaba segura de saber manejar cualquier situación.

Llevaba puesto un pijama con botones por delante, de color naranja claro. Cogió la bata blanca que su tía se ponía para esas ocasiones y metió la figurita de Jackar en uno de sus bolsillos. Cerró la puerta de la habitación. Como ya se conocía la pensión de memoria, no le costó encontrar la vela que guardaban bajo el mostrador y la encendió, llevándosela consigo. No quería encender las luces para no despertar a nadie.

—¿Sí? —preguntó cerca de la puerta. Se recogió la melena rojiza en una coleta y se alisó el flequillo con la mano—. ¿Sí? ¿Busca alojamiento?

Como nadie contestó, decidió descorrer una de las cortinas del cristal de la puerta. Mojándose bajo la lluvia y ataviado con una capa, esperaba un hombre. Se abrazaba por debajo con pinta de estar cogiendo un resfriado, así que giró la llave con rapidez y abrió la puerta de la derecha.

El hombre se secó los pies antes de entrar y cruzó veloz el umbral. Había visto miles de veces a su tía y a su abuela recibir clientes de noche, así que no tardó en ponerse detrás del mostrador. Sin embargo, se quedó quieta observando al hombre quitarse la capucha y sacudirse el agua del pelo. Era joven y apuesto. Se echó el cabello oscuro tras una de las orejas, dejando a la vista un pendiente de oro que terminaba en una gema de color verde.

—Buenas noches, señorita —saludó de forma cortés. Vestía muy elegante, con una camisa y una chaqueta con bordados de color azul y pantalón del mismo color—. Siento haberla despertado. Espero que pueda ayudarme.

—Si quiere una habitación, tenemos disponibles —comunicó Ania, cogiendo de debajo del mostrador el librito donde se apuntaban los nombres de los huéspedes.

Con una pluma plateada, ya desgastada de tanto uso, anotó la fecha en el margen derecho. El muchacho se acercó despacio. Ania alzó la vista y contempló los ojos claros de su angular y alargado rostro. La miraban como si la reconocieran pero no estuvieran del todo seguros.

—Eres Ania Polinine, ¿verdad? —inquirió, escudriñándola.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Se alejó un poco de aquel joven. Podría no tratarse de un huésped,

sino de un ladrón. Pero eso no le cuadraba con lo elegante que iba ni con la actitud altiva que mostraba. Parecía más bien un rico extraviado.

—¿Sabes lo que es la Posada Shima? —preguntó, apoyándose en el mostrador con total libertad.

—Sí —respondió—, la posada que está en una isla flotante... —Se detuvo un momento sopesando si confesarle o no el dato más relevante que sabía de aquel lugar—. Ahí trabajan mis padres.

—Trabajaban —la corrigió con total tranquilidad. Después entonó de nuevo, gesticulando con elegancia—. La excelentísima Presidenta Majo, máxima autoridad de la Posada Shima, me envía para llevarla hasta su presencia.

—Basta de palabrería, Jarreth. La bruja se impacienta. —Se oyó una voz ronca y grave. Ania abrió mucho los ojos. ¿El pendiente le acababa de hablar? ¿Pero cómo era eso posible?—. No va a ir por las buenas. ¡Cógela y larguémonos!

—Bueno, si no hay otra manera... —dramatizó el joven. Arrastraba un aire de melancólica sofisticación.

De pronto saltó por encima del mostrador, transformándose en algo que Ania no llegó a ver. La envolvió y la elevó del suelo. La muchacha no pudo gritar porque estaba paralizada por el miedo. Se levantó un fuerte viento con un olor particular. No era como el aire de invierno que te congela los huesos. Ese no era frío, sino como si hubiese una corriente que la mantuviese flotando a temperatura ambiente.

Sabía que habían salido de la pensión porque oía la lluvia caer sobre ellos y notaba los bandazos que daba. Fuera lo que fuese, lo que la llevaba era enorme. Como una serpiente voladora.

Solo era capaz de escuchar aquel viento tan fuerte y de sentir las sacudidas cuando cambiaban de dirección o recuperaban el rumbo. Así, durante lo que a ella le pareció una eternidad. El miedo no desapareció ni un momento. ¿Y si de repente la soltaba? Estaba segura de que estaban a gran altura. Desde ahí moriría. ¿Y quién era Majo? El pendiente la había llamado bruja, ¿lo sería? ¿Cómo era posible que le hubiese escuchado hablar? Y lo más importante... ¿Sus padres ya no trabajaban ahí?

Intentaba recordar cómo era la Posada Shima. Cuando era muy pequeña, sus padres la llevaron una vez. Solo que en aquella ocasión no vivían en un pueblo entre montañas y todos los días salían a ver el mar. También recordaba que, desde aquel momento, no volvió a verlos jamás y que un carruaje la trajo hasta Greenvillage. Tendría cinco años por aquel entonces y, aunque al principio no comprendió por qué no venían a visitarla, fue entendiendo que el mundo de los adultos era muy diferente al de los niños.

Su tía y su abuela se encargaron de ella entonces. No la atosigaron a preguntas, ¿qué iba a saber una niña tan pequeña? La educaron en casa, enseñándola a leer, a escribir y a hacer cuentas sencillas. Su tía era como una hermana mayor para ella. Habían compartido muchas tardes de repostería y de coser piezas sencillas. Ania no tenía mucho talento para la aguja, de eso se dieron cuenta pronto. Pero sí tenía buen ojo para elegir colores a la hora de combinarlos entre ellos. Cuando su abuela no estaba, sacaban la radio vieja y sintonizaban una emisora donde pusieran música. Les gustaba bailar al compás, fingiendo ser pareja cuando era una melodía lenta y moviendo los pies sin parar con el jazz.

Muy de vez en cuando, recibía una carta de sus padres con una cantidad considerable de dinero. La acompañaban con una nota donde decían que estaban bien y que intentarían juntar una suma superior para la próxima carta. Ni su tía ni su abuela tocaron nada de aquel dinero, al contrario: la obligaron a guardarlo para que cuando tuviese edad suficiente, pudiera cumplir sus metas. Con el paso del tiempo, sin embargo, ya ni se molestaban en escribir una carta y solo le enviaban los billetes en un sobre.

Lo poco que recordaba de aquel lugar parecía distorsionado. Como si fuera un sueño. La Posada era un edificio enorme con muchos tejados y las paredes eran de color verde oscuro. Tenía multitud de columnas rojas de todos los tamaños. Era una edificación imponente. También se acordaba de haber visto el *hall* principal, que tenía unas escaleras muy amplias y, a su alrededor, muchas puertas correderas. En las paredes había cuadros y pergaminos de colores vivos. Pero no sabía por qué sus padres la habían llevado allí en esa ocasión; lo que sí sabía era que al día siguiente se marchó con su tía y su abuela y no volvió a verlos de nuevo.



Seguía lloviendo, podía oír cómo las gotas rebotaban en el cuerpo de aquello que la llevaba. ¿Se dirigían a la Posada de verdad? Tenía un mal presentimiento. Si sus padres ya no trabajaban allí..., entonces, ¿qué había sucedido? ¿Les habría pasado algo?

En aquel momento lo que le cubría los ojos desapareció. Observó con horror cómo ascendían por una gran fachada a gran velocidad. Los rayos que lanzaba la tormenta que encapotaba el lugar caían con fuerza, alumbrando todo y dándole un aspecto tétrico. El mar se precipitaba con fuerza sobre el islote donde se erigía la Posada. Uno de los ventanales dispuestos en el último tejado del edificio se abrió de par en par y, al contrario de lo que Ania pensó, no lo cruzaron de forma atropellada. El joven había vuelto a ser él mismo y la sujetaba ahora con delicadeza para que posara sus pies en el marco de la ventana. Le miró a los ojos y por un momento, su semblante le pareció el de un felino. El agua resbalaba por su frente.

Se metió enseguida, alejándose de él todo lo que pudo. ¿Quién era? ¿Por qué podía volar?

Se pegó al marco de la ventana con ojos inquietos y observó el interior de aquel lugar. El corazón le latía desbocado en el pecho. ¿Qué había ocurrido? ¿Y la pensión?

Se apartó el pelo empapado de la cara y se fijó en el techo. Lo recorría de lado a lado una enorme cúpula de cristal. Aquella vidriera de colores transmitía el sonido de la lluvia como si fuera música. La habitación era enorme y estaba iluminada por una gran chimenea central. La moqueta era roja y suave. En un extremo había un escritorio abarrotado de papeles, libros, candelabros, cofres metálicos, plumas, pinces, tinteros... Cerca se disponían unas cuantas baldas donde se exhibían calaveras pintadas a mano y algunas adornadas con joyas. En la pared había un espejo enorme y, a su lado, una gran estantería con infinidad de libros.

El resto de la sala estaba decorado con sillones, mesitas colmadas de saquitos de terciopelo, alfombras con motivos animales, cuadros, pergaminos, armarios con dibujos en relieve y estantes con libros de aspecto antiguo. Todo saturadísimo de detalles, de piedras preciosas, de ribetes, de objetos que brillaban y de esculturas exóticas.

El joven entró cerrando la ventana tras de sí. Los movimientos que realizaba eran muy lentos, dotándolo de una elegancia particular. Trataba todo su entorno con delicadeza, como si los cierres de la ventana fueran flores frágiles y las estuviera acariciando.

—Al fin —se escuchó una voz femenina tras aquel escritorio abarrotado.

Ania se alejó de la ventana, pegándose a la pared, impresionada por el lugar pero aterrada ante la incertidumbre. ¿Quiénes eran aquellas personas?

Una silueta se levantó y se acercó a la chimenea. Era una mujer bellísima de ojos peligrosos. Su pelo oscuro se recogía en un moño muy elaborado. Dos trenzas nacían de su raíz y se unían con el resto de mechones en una fuente, coronada con una peineta de la que colgaban cuentas rosadas. Su vestido largo, negro y ceñido, le daba un aire solemne. Llevaba un fajín rosa claro que destacaba ante la sobriedad del vestido de manga corta. Sus rasgos orientales eran duros, firmes, con las cejas enarcadas esperando, tensa, a que se acercara. El joven, con un gesto de su mano, invitó a Ania a aproximarse. La chica intentó secarse con la manga los goterones que le caían por la cara y dio dos pasos en su dirección.

—Así que esta es la hija de Katerina y Dirk —habló la mujer con aspereza, observando a la muchacha. Ania sentía que le temblaban las piernas.

—Ella misma me lo ha corroborado —contestó el joven con educación. Se sentó en uno de los sillones próximos a la ventana por donde habían entrado.

—Bien —se dirigió a Ania—. ¿Sabes dónde estás?

La mujer se sujetaba las manos por delante tratando de contener su impaciencia.

—En... ¿En la Posada Shima?

La muchacha empezaba a sentir frío, aunque no sabía si era por el miedo que le recorría el cuerpo tras aquel viaje vertiginoso o porque el lugar era gélido. ¿Aquella mujer era la bruja? ¿Todo eso estaba pasando?

—La posada flotante más grande y poderosa de todo el mundo. —Parecía masticar cada sílaba con orgullo. Sin embargo, las palabras

siguientes las escupió cargadas de rencor—. Siempre me he jactado de tener a mi servicio gente honrada, trabajadores leales incapaces de hacer daño a la empresa. Pero entonces, tus padres dieron la sorpresa y me traicionaron de la manera más rastrera posible. —Sus ojos se clavaron en ella, duros como rocas—. Me han robado algo muy valioso y quiero que me lo devuelvan.

Ania respiraba de forma entrecortada. Eso no podía ser posible. ¿Por qué habrían robado sus padres a una bruja?

—Tú vas a ayudarme a recuperarlo —continuó, acercándose muy despacio—. Vas a escribirles una carta en la que les dirás que o lo traen de vuelta, o te mataré.

Le sostuvo la mirada, calcinándola con ese fuego que guardaba para sus enemigos. Ania bajó la cabeza ante esos ojos endemoniados. No había duda, debía de ser una bruja. Su silueta parecía irradiar una bruma de odio y magia capaz de devorar almas.

La mujer se dio la vuelta y se acercó a su escritorio.

—Ven —ordenó.

Ania se aproximó titubeando. ¿Había hablado en serio? ¿Sería capaz de matarla? Puso una hoja de color vainilla encima de la mesa y le pasó un pincel.

—Queridos padres —comenzó a dictar con una voz profunda y directa.

La muchacha tiritaba, no sabía cómo se cogía aquello ni si tenía que mojarlo antes en un tintero. Observó a la mujer de reojo, insegura.

—Si no empiezas a escribir —le susurró al oído con impaciencia—, te torturaré hasta que me plazca.

Ania tragó saliva y apoyó el pincel en la hoja. Un manchurrón negro se extendió por las fibras. Levantó la mano contemplando aquel círculo deformado. Esta le comenzó a temblar y tuvo que sujetar su muñeca con la otra para poder centrarse en aquella ardua tarea. Ella siempre había escrito con la pluma plateada de la pensión. Sabía cambiarle la tinta y arreglarle la punta, pues cuando la usaba su abuela esta se combaba. Sin embargo, aquel utensilio estaba hecho para otro tipo de escritura.

De aquel pincel manaba más tinta de la que podía controlar y las primeras letras se convirtieron en unos borrones imposibles de des-

cifrar. La bruja golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo que las lágrimas que la muchacha intentaba contener resbalaran por sus mejillas. Contempló su expresión furiosa tan cerca de su rostro que dio un par de pasos hacia atrás. Entonces, chocó con alguien y se giró de inmediato. El joven que la trajo hasta aquella posada le arrebató el pincel de la mano sudorosa y, de forma grandilocuente, le tendió una pluma estilográfica.

—Ahora sí podrás escribir.

Regresó al escritorio, secándose las lágrimas con el puño de la bata blanca. La mujer apretaba los dientes, haciendo un esfuerzo para no acabar con su vida en aquel preciso instante. Ania notaba cómo el aura que emanaba de su cuerpo crecía y llegaba a tocarla, casi haciéndola estremecerse de dolor. Su mano se posó en la hoja limpia para controlar el temblor de sus miembros mientras su estómago se encogía de miedo.

Comenzó a escribir bajo el dictado de la bruja. Su voz se alzó con rabia, paladeando cada palabra con un odio intenso.

*“Queridos padres, soy vuestra hija Ania”.*

La chica intentó tomar aire y concentrarse en escribir.

*“Me encuentro en la Posada Shima”.*

Así que era cierto. Estaban en Japón. Dudó en cómo escribir el nombre, a lo que la mujer le siseó las dos primeras consonantes casi como si le lanzara piedras. Se encogió en el sitio, incapaz de moverse.

*“Me han raptado la noche del tres de agosto y me han encerrado. Por favor, devolvedle lo que le habéis robado. Si no lo hacéis en un plazo de dos días, ha jurado matarme”.*

Con el poco valor que le quedaba, Ania alzó los ojos sin llegar a escribir la última palabra. Solo quería echar a correr. Pero aquel cuarto no tenía más que paredes, puertas y ventanas cerradas.

—*Y sabéis que lo hará*—murmuró la bruja con voz asesina al ver que se había detenido.

Ania pestañeó dejando caer de nuevo unas lágrimas de desesperación. No podía controlar el temblor de su mano y tuvo que hacer uso de la otra para mantener el pulso.

*“Tengo mucho miedo, por favor, hacedle caso. No tardéis. Os quiero”.*

Había puesto todo su empeño en no equivocarse para no hacerla

enfadar más. Aun así, las letras le salieron irregulares. Sin querer, había plasmado su miedo en aquellas palabras trémulas. La bruja lo sabía y se relamía disfrutando con ello.

—Muy bien —dijo la mujer, quitándole la hoja y la pluma de las manos. Parecía sentir aversión por tocarla—. Ahora vamos a ver si tus padres te quieren lo suficiente como para no dejarte morir.

Agarró una de sus muñecas y con la otra mano acercó un alfiler alargado. Era de oro con incrustaciones de piedras preciosas en un extremo. Le pinchó en el dedo índice. Ania intentó apartar la mano, pero la mirada que le dedicó la bruja la petrificó. A continuación, pellizcó su yema hasta que cayeron unas gotitas de sangre sobre la carta.

—La sangre reconoce su propio origen —murmuró la mujer—. Así que tus padres recibirán el mensaje, quieran o no.

La soltó y dejó el alfiler encima de la mesa. Ania se alejó presionando su dedo contra la palma con gesto de dolor. La mujer pasó una de sus manos por encima de la hoja murmurando unas palabras y las marcas de sangre desaparecieron. Después, cogió la carta y la acercó a una vela de su escritorio. Prendió una esquina y esperó hasta que esta se consumió en sus manos. Parecía que también pudiera controlar el fuego, ya que no se apartó cuando las llamas recorrieron sus dedos, devorando la última esquina. ¿Cómo podía hacer eso? ¿No sentía dolor?

Echó una mirada al sillón de al lado de la ventana por donde habían entrado Ania y el joven. Este último había desaparecido y Ania se preguntó cuándo se habría marchado. La mujer se movió y ella dio un brinco. Sentía pavor ante su mirada envenenada.

—Cuando las ratas de tus padres reciban la carta, reza para que tengan el valor necesario como para venir a por ti y enfrentarse a su muerte.

Entonces cruzó la habitación y la mujer desapareció detrás de unas cortinas que había al otro lado de la sala. Eran gruesas y opacas. Justo al lado había una gran puerta redonda de color rojo. En la madera había inscripciones y dibujos que se retorcían sobre los caracteres. Desconocía la lengua, pero algo le decía que no era conveniente aprenderla.

Al momento, esa misma puerta se abrió de golpe y los pies de Ania

comenzaron a andar solos. Intentó detenerlos, pero no era dueña de sus propios movimientos. La llevaban hacia un pasillo alargado y oscuro. Se preguntó si aquella horrible mujer la había hechizado. Torció a la derecha y se encontró con una puerta roja más pequeña que se abrió en cuanto se detuvo enfrente. Sus pies la empujaron al interior.

Era un cuarto diminuto cuyas paredes estaban pintadas de negro. Daba la sensación de no tener fin. La puerta se cerró tras ella, dejándola en la oscuridad. Su respiración entrecortada era lo único que se oía. Se llevó las manos al estómago, conteniendo una arcada.

Una vez su cabeza la ubicó en aquel cuarto, intentó forzar la puerta y golpearla, pero no cedió ni un milímetro. Estaba encerrada. Esa mujer cumpliría lo dicho en la carta. Primero estaría recluida durante dos días y, si sus padres no habían aparecido con lo que le habían robado, la mataría.

Ania se apoyó contra la pared. Se le había formado un nudo en la garganta y tan solo le salía llorar con amargura. Lo hizo en silencio, ya que el ruido la asustaba. Cerró los ojos y rezó para que todo saliese bien. No quería que a sus padres les pasara nada malo, pero tampoco quería morir. ¿Hasta qué punto le unía un lazo afectivo con ellos? ¿Acaso la querían? Solo tenía unos pocos recuerdos de cuando era muy pequeña.

Volvió a levantar los párpados, rozando con las palmas de las manos los tablones de madera del suelo. Había volado. No ella, pues fuera lo que fuese en lo que se había transformado aquel chico, la había llevado hasta allí. Pero era una realidad. Era capaz de hacer magia. La magia existía.

No. No podía ser. Estaba demasiado asustada y estaba dejándose llevar por su imaginación.

Suspiró, intentando asimilar la situación. A su mente volvía la imagen de la fachada de la posada, iluminada por los rayos de la tormenta, y el vértigo que padeció al sentir que se elevaba más y más hasta no ver el suelo.

No tenía consciencia del tiempo que pasó pero, en un momento, sus mejillas se secaron. Se quitó la bata y la tendió sobre el suelo. Se tumbó encima e intentó dormir, pero solo le venían a la mente las palabras de la mujer. Esa odiosa bruja. Ania silenció sus pensamientos y

recapitó sobre la posibilidad de que pudiese ser capaz de leer lo que pasaba por su cabeza, así que intentó no pensar más.



La noche pasó lenta y, cuando amaneció, una grieta en una de las esquinas del tejado filtró unos rayos de sol que despertaron a Ania. Abrió los ojos despacio, recordando por qué dormía sobre tablones de madera. El cuarto era aún más pequeño de lo que le había parecido la noche anterior. Podría ser el lugar donde guardaban las escobas o los muebles que no utilizaban.

Se sentó apoyando la espalda en la pared. Sabía que seguía lloviendo porque oía cómo caían las gotas sobre el tejado. Justo debajo de aquella grieta había salido una mancha de humedad. Al menos no se había inundado la habitación, se dijo para consolarse.

En cierto momento del día, apareció justo enfrente de su puerta un cuenco de arroz, otro recipiente con un tipo de carne en salsa que nunca antes había probado y una taza de té. En vez de cubiertos le habían dejado dos palillos alargados de madera. Ahora que contemplaba su comida recordaba que la Posada Shima solo recorría las costas orientales. ¿Habría llegado tan lejos volando? Aquel muchacho debía de ser muy poderoso.

Sacudió la cabeza. Eso significaría que la magia existía y que la mujer debía ser aquello que dijo el pendiente del joven: Una bruja de verdad. Se rascó la frente. No podía ser, ella nunca había visto a nadie que pudiera hacer hechizos ni transformarse en cosas. Puede que todos los magos y brujas se concentraran solo en esos países de difícil acceso.

El estómago comenzó a rugirle con fuerza por el olor que desprendían aquellos cuencos. Sin pensarlo demasiado, cogió los palillos y los usó a modo de cuchara con el arroz. No entendía por qué le habían dado tales utensilios en vez de una cuchara normal, era muy difícil que no se le escurrieran los granos de arroz al intentar metérselos en la boca. Con el otro cuenco, no obstante, la cosa empeoró porque se salpicó entera debido a que la carne se escurría cada vez que la pinchaba con uno de los palillos. La punta no era tan puntiaguda. El

suelo de madera oscura contrastaba ahora con los granos de arroz desperdigados y acabó con varias manchas de salsa. La taza de té no se la bebió porque era muy diferente al que hacían en Inglaterra y no le gustó su sabor.

El resto del día lo pasó toqueteando la figurita que le había regalado Jackar. No se acordaba de que la tenía en el bolsillo de la bata hasta que al ponérsela de nuevo notó el bulto. A lo mejor estaba cerca de Hoszu. Aquella muñeca vestía como lo hacía la bruja de la posada. Pensó en la historia que le había contado Jackar. Debía de haber sido muy joven para comprometerse de esa manera. Él nunca se asentaría en ningún lugar por nadie, era un espíritu aventurero que no podía replegar sus alas. Tenía sed de conocimiento, de descubrimiento y no sabía si no le pedía a su tía que se casara con él por ese miedo a atarse a Greenvillage o si era verdad eso que decía sobre el hecho de que su abuela nunca les dejaría estar juntos. Ambas respuestas podrían ser correctas. O quizá quería proteger a su tía Mérida de todo aquello: de las represalias, de la soledad cuando él viajara, de las habladurías de las gentes del pueblo.

Su pobre tía y su pobre abuela. ¡No sabían que estaba ahí! ¿Qué pensarían que le había sucedido? Verían el libro de registro de huéspedes encima del mostrador y a lo mejor especularían sobre la posibilidad de que un maleante se la hubiese llevado en medio de la noche. No irían mal encaminadas si creían esa versión, pues en realidad había sido secuestrada.

La noche cayó como una roca sobre el cuarto de Ania. Volvía a la oscuridad más imperturbable y ese sentimiento horroroso de incertidumbre regresó. Empezó a temblar de miedo y se cubrió con la bata blanca de su tía. Pensaba que podría protegerla de algún modo, como si fuera un escudo que nadie pudiera atravesar. ¿No estaba empezando a creer que la magia sí existía? ¿Por qué ella no podía usarla también para su propio beneficio?



—Ya ha pasado un día —comentó el joven, acuclillado en el marco de la ventana. La bruja Majo levantó la mirada de sus papeles.



—Han recibido la carta, la sangre de un descendiente es muy poderosa. Ha debido encontrarlos, han debido leerla... pero no entiendo qué demonios están haciendo. No deben de quererla lo suficiente. —Volvió a su escritura como si tal cosa—. Si no recibo respuesta mañana, la mataré. A ver si así aprenden que conmigo no se juega.

—No creo que matarla sea la mejor opción —opinó el joven.

Acariciaba el pendiente de su oreja. La gema final brillaba a la luz del fuego que crepitaba en la chimenea. En el ambiente flotaba un aroma suave debido a las velas con las que se iluminaba el escritorio.

—¿Ah, no? —Encontró los ojos del muchacho por casualidad. Dejó el pincel y apoyó la barbilla en sus manos—. ¿Tú me recomiendas eso, Jarreth? ¿Acaso reniegas de tus funciones? —le preguntó con maldad. El joven hizo una pausa y sonrió de forma amable.

—No, pero si queremos recuperarlo, sería un aliciente para ellos que su hija no muriera. —Bajó del alféizar de la ventana y se aproximó a ella—. No hasta que nos lo hayan devuelto —añadió.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó con semblante serio—. ¿Que la tengamos encerrada en ese cuartucho hasta que les plazca volver, mientras la alimentamos y cuidamos como un cerdo mimado? —Escupió las palabras con desprecio—. Después de lo que me han hecho, debería torturarla hasta que me dijera su paradero.

—No creo que lo conozca —respondió el joven, encogiéndose de hombros—. Pero ahí dentro lo único que hace es estorbar.

Rodeó el escritorio de la bruja y pasó su mano por el apoyabrazos como si lo acariciara. Estaba sentada en una butaca acolchada de madera con incrustaciones de piedras preciosas. Tana Majo era una mujer que destilaba sensualidad por cada poro de su piel. Solo a él le dedicaba sus miradas por detrás de sus largas pestañas y aquellas muecas teñidas de intenciones carnales. Atrapó su mano entre sus dedos y el muchacho se acercó a su cuello.

—Sería más productiva tu captura si se pusiera a trabajar en la posada... —susurró su esbirro mientras deslizaba los labios por su piel.

—No. —Jarreth se detuvo—. Mañana al anochecer la matarás.

Majo cogió de nuevo el pincel. No necesitó zafarse de él ya que él mismo se apartó. La conversación había acabado. El joven entendió que su presencia ya no era necesaria en la habitación y se marchó en silencio.